

## **PRESENTACIÓN DE MI LIBRO *LENGUAJE Y ANTI-METAFISICA***

Yo soy de la opinión de que, cuando un pensador serio y profundo, como sin duda alguna lo fue Ludwig Wittgenstein, emite juicios que a primera vista son contradictorios, lo indicado es reconocer que lo más probable es que sea a nosotros a quienes se nos escapó algo, que seamos nosotros quienes no comprendimos. Creo que esta clase de incompreensión se produce muy a menudo en relación con la concepción Wittgensteiniana de la filosofía. Antes de abordar tan escurridizo tema, empero, ilustraré el problema con una superficial reconstrucción de la relación que unió a Wittgenstein con la joven promesa filosófica británica de la primera mitad del siglo XX, Frank. P. Ramsey.

Quizá resulte instructivo recoger primero, en unas cuantas palabras, lo que Ramsey pensaba de Wittgenstein. No parece haber al respecto mayores dudas. Su punto de vista está claramente formulado en el reporte que, a petición de la Universidad de Cambridge, él escribió acerca del trabajo que Wittgenstein estaba empezando a desarrollar, informe que fue decisivo para que se le concediera a Wittgenstein una beca. “En mi opinión”, dice Ramsey, “el señor Wittgenstein es un genio filosófico de un orden diferente de todo lo que conozco. Ello en parte se debe a su gran dote para ver lo que es esencial en un problema y en parte a su abrumador vigor intelectual, a la intensidad de pensamiento con que persigue una cuestión hasta la raíz y nunca se queda contento con una mera hipótesis posible. De su trabajo, más que del de cualquier otro hombre, espero una solución para las dificultades que me tienen perplejo tanto en filosofía en general como en los fundamentos de las matemáticas en particular”. Puede, pues, afirmarse que Ramsey sentía una profunda admiración y un gran respeto por Wittgenstein.

La posición de Wittgenstein respecto a Ramsey, en cambio, no era tan simple. Como todos sabemos, después de 15 años de ausencia, Wittgenstein regresó en 1929 a Cambridge. Previamente, sin embargo, en 1926, Ramsey había ido a visitarlo a Tattenbach, el pequeño pueblo austriaco en donde Wittgenstein era maestro rural, entre otras cosas para que el autor del *Tractatus* le explicara ciertos pasajes del libro. Podemos estar seguros de que la impresión que Ramsey produjo en Wittgenstein fue excelente, puesto que por lo menos su regreso a Cambridge se explica, parcialmente al menos, por el deseo de seguir discutiendo con él. El mismo Wittgenstein nos dice algo de esto en el “Prefacio” de sus *Investigaciones Filosóficas*. Hablando del *Tractatus*, dice: “Porque desde que volví a ocuparme de filosofía, hace dieciséis años, me vi forzado a reconocer graves errores en lo que escribí en aquel primer libro. Pude percatarme de estos errores – en una medida que yo mismo apenas puedo estimar – gracias a la crítica que mis ideas encontraron en Frank Ramsey, con quien las discutí en innumerables conversaciones durante los dos

últimos años de su vida”. Es, pues, innegable, que la inteligencia y la brillantez de Ramsey no habían pasado desapercibidas para Wittgenstein. Como dato curioso, hay que notar que Wittgenstein incurre aquí en un inofensivo error de memoria, error que el meticuloso G. E. Moore no deja pasar. Ramsey murió en enero de 1930. Por consiguiente, si lo que 15 años después Wittgenstein afirma en el “Prefacio” fuera cierto, las conversaciones entre éste y Ramsey se habrían extendido durante 1928 y 1929. Pero Wittgenstein llegó a Cambridge en enero de 1929. El diagnóstico de Moore es el siguiente: “Me imagino que Wittgenstein, confiando únicamente en su memoria, magnificó en una serie continua de dos años una serie que de hecho sólo continuó durante un año”. La relación de Wittgenstein con Ramsey no habría sido, pues, de dos años, sino de dos trimestres! Lo que en todo caso queda claro es que, si bien difícilmente podríamos pensar que Ramsey y Wittgenstein eran amigos, sí eran colegas que, toda proporción guardada, se respetaban mutuamente.

Por otra parte, sin embargo, la opinión que Wittgenstein tenía de Ramsey era un poco más compleja de lo que se podría a primera vista pensar. Aunque técnicamente Ramsey era muy bueno, había algo en él que dejaba a Wittgenstein profundamente insatisfecho. Él mismo, en forma sucinta, dio expresión a su estado de insatisfacción en una breve entrada de su diario, publicado muchos años después de su muerte bajo el título de ‘*Culture and Value*’. En efecto, muy poco después de la muerte de Ramsey, quizá a raíz de ella, en 1931, Wittgenstein escribe: “Ramsey era un pensador burgués, *i.e.*, él pensaba con la meta de poner orden en las asuntos de una comunidad particular. Él no reflexionaba sobre la esencia del estado – o por lo menos no le gustaba hacerlo – sino sobre cómo este estado podría quedar organizado de manera razonable. La idea de que este estado pudiera no ser el único posible en parte lo inquietaba y en parte lo aburría. Él quería llegar tan rápido como fuera posible a reflexionar sobre los fundamentos – de este estado”. Y es claro, por otra parte, que lo que aquí se dice acerca del estado podría generalizarse a otros tópicos filosóficos. Así, pues, podemos quizá decir que Wittgenstein pensaba simultáneamente bien y no bien de Ramsey y yo sostengo que no era en ello contradictorio. Más aún: pienso que tenía razón. Esto, claro está, exige una aclaración, la cual es importante porque nos permitirá evaluar tanto la opinión que Wittgenstein tenía de Ramsey, tema a final de cuentas de poca monta, como establecer una conexión con la importante cuestión de lo que es la aprehensión cabal de la concepción wittgensteiniana de la filosofía.

La aclaración que necesitamos exige, en primer lugar, que se tome en serio la categoría wittgensteiniana de “filósofo burgués”. Asumiendo que sabemos qué es un filósofo, preguntémonos entonces qué es un burgués. Huelga decir que no nos interesa mayormente una definición teórica de ‘burgués’, sino la caracterización práctica, expresada en el lenguaje natural, del burgués. El burgués es, desde luego, el habitante de la ciudad, el hombre establecido, el que busca progresar desde la comodidad. Pero entonces la idea de Wittgenstein parece ser la de que también en el

plano de las ideas se puede ser “burgués”, en el sentido de estar instalado o de auto-incluirse en alguna tradición filosófica, de ser adepto de algún “istmo” filosófico (materialismo, idealismo, funcionalismo, consecuencialismo, prescriptivismo, liberalismo, cognitivismo, fenomenalismo, etc.) y de pretender hacer contribuciones a partir **de** él. El filósofo burgués es, por lo tanto, aquel que acepta sin discutir un determinado orden de temas, problemas y tesis. Más exactamente, es aquel filósofo que decide aceptar acríticamente la herencia de problemas y teorías de la filosofía clásica y trabajar sobre la plataforma que ella representa. El filósofo burgués, en este sentido, aunque, como Ramsey, técnicamente pueda ser muy bueno, es un pensador a quien simplemente ni siquiera se le ocurre cuestionar ciertas cosas, ciertos presupuestos. Sin caer en anacronismos ridículos, hay pues un sentido en el que la abrumadora mayoría de los filósofos clásicos, desde Platón hasta Donald Davidson, son filósofos burgueses.

Frente al filósofo burgués lo que encontramos es, claro está, el filósofo revolucionario. Que quede claro: un filósofo puede ser revolucionario (literalmente) **en su ámbito** sin por ello tener que serlo en otro (la lucha social, por ejemplo). El filósofo revolucionario no es ni pretende ser un usurpador de funciones, por lo que no puede ser su objetivo, en tanto que filósofo, ponerse a cuestionar programas de gobierno, el funcionamiento de la bolsa, etc. El filósofo revolucionario lo es en el abstracto plano de las ideas y se caracteriza ante todo por ser el inventor de un **modo de pensar** diferente del establecido. Es evidente que aprender a pensar de un modo diferente del modo como estamos acostumbrados a hacerlo es algo que puede resultar excesivamente pesado, tedioso, difícil y quizá hasta sin sentido. Es, pues, casi una verdad *a priori* que el filósofo revolucionario estará condenado al rechazo, a la burla, a la incomprensión y al ostracismo. Si no me equivoco, algo de esto es precisamente lo que le sucedió a Wittgenstein: es fácil constatar que éste no ha sido refutado, sino simplemente ignorado (dejando de lado, claro está, eso que podría considerarse como una nueva rama de la filosofía y que consiste en el estudio sistemático, en la exégesis de la obra escrita de Wittgenstein, lo que yo denominé la ‘teología wittgensteiniana’, de la cual filósofos como Peter Hacker y Gordon Baker son quizá los mejores exponentes, los sumos sacerdotes). Ahora bien, si este cuadro de brocha gorda no resulta excesivamente simplista, estamos en posición de comprender cómo podía Wittgenstein apreciar el talento de Ramsey al tiempo que se sentía descontento con él: lo que pasa es que Ramsey era un gran pensador “burgués”, en tanto que Wittgenstein era un genial pensador “revolucionario”. Y esta conclusión nos permite establecer un vínculo con lo que para esta presentación es nuestro tema central, es decir, la concepción Wittgensteiniana de la filosofía.

Sin explicaciones de ninguna índole, sería posible que alguien sintiera que lo que Wittgenstein tiene que decir acerca de la filosofía sufre de la misma ambivalencia que él padecía frente a Ramsey. Después de todo, podría argumentarse, Wittgenstein arrogantemente pretendía haber inventado algo nuevo,

algo que tenía como meta rivalizar con eso que comúnmente denominamos ‘filosofía’ o, más aún, cancelarla o eliminarla de una vez por todas. Pero ¿qué a final de cuentas no lo que él mismo hacía era precisamente eso, es decir, filosofía, y de paso filosofía particularmente buena? Y si ello es efectivamente así ¿no era acaso Wittgenstein flagrantemente contradictorio? Yo pienso que, al igual que en el caso de las opiniones de Wittgenstein sobre Ramsey, esta impresión inicial de inconsistencia se desvanece tan pronto como entramos en los detalles.

Moore reporta varias cosas importantes dichas por Wittgenstein durante sus cursos de 1930 a 1933 acerca de lo que él mismo denominaba un ‘nuevo tema’, esto es, la nueva clase de actividad intelectual por él inventada, y de su relación con la filosofía tradicional. Consideremos la cuestión en términos de personas. Lo que aquí quedó caracterizado como un filósofo burgués es ante todo un pensador que ve problemas y que pretende resolverlos mediante teorías. El filósofo wittgensteiniano, en cambio, ve enredos y a lo que aspira es a disolverlos. La pregunta pertinente parece ser entonces: ¿cómo es posible que, en una y la misma cosa, alguien vea un problema y alguien diferente un enredo? Esta pregunta, claro está, conduce a la crucial pregunta: ¿qué es, a final de cuentas, un problema filosófico? Sin duda alguna, son muchas las cosas que pueden decirse al respecto, pero por lo pronto tres son los rasgos que vale la pena consignar. Primero, los problemas filosóficos no apuntan a ninguna dificultad práctica, ni siquiera en principio. Nada en el mundo de la acción y de las transformaciones depende de la verdad o de la falsedad de las teorías filosóficas. Más aún: difícilmente podríamos señalar una teoría filosófica “verdadera”. De hecho, no hay tal cosa. Esto contribuye a explicar otro de los rasgos de la filosofía a que quiero aludir. Me refiero al hecho de que la filosofía tradicional es básicamente de carácter contemplativo. Todo esto acarrea consigo la idea de que los así llamados ‘problemas de la filosofía’ son ante todo problemas puramente intelectuales. Y esto a su vez en alguna medida explica un tercer rasgo de la filosofía que vale la pena mencionar: la filosofía tradicional presupone que quien la practica no se ve acosado por requerimientos prácticos, sino que, por así decirlo, goza de un grado elevado de ociosidad. De ahí que la situación general de la filosofía no deje de ser un tanto paradójica: se supone que en ella nos topamos con problemas perfectamente objetivos, reales, cuyas soluciones nos las da en principio la investigación filosófica, pero lo cierto es que nada en el mundo se altera por las respuestas que se ofrezcan y los resultados obtenidos no tienen ninguna repercusión práctica. Lo menos que puede decirse es que los problemas de la filosofía son en verdad sumamente extraños. Pero entonces la idea que de inmediato se insinúa es la de que, en el fondo, los problemas filosóficos no son en realidad problemas genuinos en absoluto. Así vistas las cosas, la filosofía requiere no de más filosofía, sino de un antídoto. Este antídoto es justamente el modo wittgensteiniano de pensar.

Cuando Wittgenstein afirma que lo que él desarrolla es una nueva clase de estudio, es obvio que no pretende sostener que lo que hace no tiene absolutamente

nada que ver con lo que suele hacerse en filosofía, en el sentido convencional de la palabra. Su posición es más sutil que eso y requiere ser matizada. En primer lugar, está la idea de que, en contraposición con lo que podría ser una aportación más, una etapa más en un “desarrollo continuo” y eslabonado en el tratamiento de las mismas temáticas, lo que la filosofía wittgensteiniana representaría sería un corte, un rompimiento radical con ellas puesto que, si bien nos seguiríamos enfrentando a los mismos temas, la actitud y los objetivos en relación con ellos habrían cambiado por completo: lo que anteriormente aparecía como un problema teórico se ve ahora como un inmenso embrollo conceptual, un galimatías lógico-lingüístico o, en terminología de Wittgenstein, gramatical. Desde esta nueva perspectiva, el esfuerzo por construir una teoría filosófica, teoría inevitablemente fundada en errores gramaticales, tendría que reemplazarse por la aplicación sistemática de un **método** y una terminología específicos. Gracias a esta metamorfosis, como bien sostenía Wittgenstein, el filósofo “grande” podría quedar reemplazado por el filósofo hábil, el filósofo con “intuiciones” por el filósofo trabajador. Podría insistirse en que, a pesar de todo, seguimos hablando de “filosofía”, pero si lo que he venido diciendo es acertado, esto no pasa de ser un mero juego de palabras. Quizá podamos establecer el punto claramente si recurrimos a un excelente ejemplo del propio Wittgenstein: lo que la filosofía tradicional hace son nudos conceptuales, en tanto que con la nueva técnica la faena consiste en deshacer esos nudos, no en hacer otros cada vez más difíciles de desenredar. Pero veamos rápidamente algunas de las muchas razones por las que podemos, si queremos, seguir llamando ‘filosofía’ a la nueva actividad de esclarecimiento inventada por Wittgenstein, sin que ello nos comprometa a otra cosa que a un mero acuerdo verbal. Encontramos, entre otras, las siguientes:

- 1) la nueva actividad intelectual de hecho sustituye al antiguo modo de hacer filosofía, esto es, a la teorización filosófica. La idea es que, una vez comprendidos el nuevo método y los nuevos objetivos, en forma natural o espontánea los filósofos, y la gente en general en sus momentos filosóficos se inclinarán a pensar que en realidad esto era lo que siempre habían querido hacer, sólo que no habían sabido cómo hacerlo.
- 2) La nueva actividad es como la filosofía por lo menos porque:
  - a) versa sobre temas muy generales
  - b) es fundamental porque evita incomprendiones en diversos ámbitos de la vida, y
  - c) es independiente de los resultados de las ciencias.
- 3) La nueva actividad intelectual, al igual que la antigua filosofía, tiene como objetivo “algo así como poner nuestras nociones en orden respecto a lo que puede decirse acerca del mundo”.

Para Wittgenstein, las dificultades filosóficas son dificultades originadas, básica más no únicamente, en incomprensiones del lenguaje y es por esto que en el nuevo modo de hacer filosofía las consideraciones sobre el lenguaje se vuelven fundamentales. En este sentido, la filosofía wittgensteiniana es filosofía lingüística. No obstante, a diferencia de otros filósofos con intereses y objetivos afines a los de él, Wittgenstein, es bien sabido, no pensaba que por ello el objeto de estudio de la filosofía fuera el lenguaje mismo. La filosofía no es lingüística en el sentido de tener un interés en el lenguaje *per se*. Este punto de vista parece correcto. Es innegable, supongo, que inclusive dificultades que ni siquiera en principio encuentran su resolución a través exclusivamente de consideraciones sobre el lenguaje, sino que tienen que ver más bien con tomas de posición, con decisiones (como acontece por ejemplo con los dilemas de la así llamada ‘filosofía práctica’, esto es, con problemas como los que plantean el aborto, la eutanasia, la pena de muerte, los experimentos con humanos, los derechos de los animales, etc.), inclusive esas dificultades, repito, vienen envueltas en enredos gramaticales que los tratamientos usuales no despejan o simplemente ignoran. Por ejemplo, no podemos decidir si en tales o cuales circunstancias abortar es un crimen o no si no hemos determinado previamente si el cigoto o el feto son personas o no lo son. Por otra parte, no parece tener mayor sentido aseverar de la decisión o de no abortar, ni de las líneas de acción que de ellas se deriven, que son o que no son “filosóficas”. Lo que en cambio sí es filosófico es el sendero que hay que recorrer para que la decisión sea “racional”. Es claro que en dicho sendero puede uno muy fácilmente extraviarse y no salir nunca del pantano de la especulación filosófica. Por ejemplo, la determinación de qué sea una persona ciertamente es un enredo metafísico, o sea, filosófico, pero entonces podrá hacerse ver que, en tanto que filosófico, brota de alguna incomprensión concerniente al uso de las palabras, es decir, de alguna incomprensión concerniente a sus significados. Dicho de otro modo, inclusive problemas como los mencionados son, en su faceta filosófica, problemas que caen en áreas de la filosofía como la metafísica, la filosofía de la mente, la filosofía de las matemáticas, etc., y son, por consiguiente, enredos gramaticales, de los cuales sólo la nueva clase de investigación filosófica nos permite escapar. Nada de esto, empero, convierte al lenguaje en el objeto de estudio de la filosofía ni compromete a Wittgenstein con una tesis así.

Ahora bien, la pugna con la filosofía tradicional, esto es, con el sistemático esfuerzo intelectual por hacer o elaborar nudos y enredos conceptuales, no impide sin embargo que el objetivo último de la nueva y pesada labor intelectual, el resultado de la aplicación de los nuevos métodos de investigación “filosófica”, sea la comprensión cabal del mundo y de la vida y no impide que desemboque, por ende, en la acción correcta. La investigación gramatical, como se denomina esta nueva clase de filosofía, también aspira al esclarecimiento y, por qué no decirlo, a la iluminación. Esto último merece unas cuantas palabras.

Yo creo que puede sostenerse que el pensamiento de Wittgenstein apunta en la dirección de un cierto “estado de comprensión” que es diferente del que genera el conocimiento científico y que forzosamente es inexpresable. Esto no debería alarmarnos. No estamos aludiendo a facultades misteriosas, a estados de trance, a contorsiones mentales de ninguna índole. La idea es simplemente que la comprensión de los distintos simbolismos es algo que se logra, por así decirlo, desde dentro de ellos, es decir, viéndolos funcionar, operando con ellos. Esto se aplica tanto a la multiplicidad de juegos de lenguaje que conforman eso que llamamos el ‘lenguaje natural’ como a los distintos sistemas de reglas, normas, hipótesis, leyes, etc., con que nos topamos en el derecho, la física, la lógica, las matemáticas, la neurofisiología y demás. Nosotros comprendemos **lo que se dice**, en el terreno que sea, cuando somos nosotros mismos capaces de hacer movimientos en los juegos de lenguaje de que se trate. El problema radica en nuestra tendencia a posteriormente poner en prosa, es decir, traducir al lenguaje natural, eso que se dice en los diversos lenguajes técnicos, esto es, los movimientos en los diversos juegos de lenguaje de las distintas disciplinas, para los cuales obviamente fue imprescindible acuñar toda una nueva terminología e inventar nuevos modos de significación. Es cuando se intenta la traducción de un lenguaje a otro, de un sistema simbólico a otro, que inevitablemente se produce una distorsión dañina, generadora de entidades metafísicas, procesos ocultos y fenómenos misteriosos. Por absurdo que suene, es precisamente ese esfuerzo que, una y otra vez, despliegan los filósofos tradicionales y es en ese intento que la comprensión adquirida gracias a la familiaridad o al manejo de los diversos sistemas simbólicos con los que operamos imperceptiblemente se nos escapa. Es por pretender a toda costa decir lo que no se puede decir que el filósofo tradicional, es decir, tanto el filósofo profesional como el filósofo que habita en cada uno de nosotros, los usuarios normales del lenguaje, culmina su ardua tarea emitiendo sinsentidos, absurdos gramaticales, oraciones vacuas y carentes por completo de contenido. Y es justamente aquí que la crítica wittgensteiniana del filosofar tradicional es aguda e implacable.

En el libro que esta noche se presenta yo traté de reconstruir, en concordancia con lo que aquí he dicho, líneas de pensamiento desarrolladas por Wittgenstein, enfrentándome para ello a enredos filosóficos concretos. Sin duda alguna son problemas así los de la oposición entre la libertad y el determinismo, la caracterización de las propiedades necesarias de las cosas, la determinación de los objetos de percepción, la caracterización de la proposición, la acotación de lo *a priori*, etc. Para ello, era imprescindible presentar el aparato conceptual wittgensteiniano, aparato novedoso en la historia de las ideas y conformado por nociones como las de regla gramatical, “ver como”, semejanzas de familia, juego de lenguaje, forma de vida y representación perspicua, *inter alia*, e intentar aplicar la variada fauna de métodos y estrategias filosóficos inventados por Wittgenstein. El objetivo final de los diversos ensayos fue siempre el mismo: mostrar que debajo de cada grandioso problema filosófico, debajo de cada maravilla metafísica, oculto al

interior de cada misterio epistemológico, con lo que nos encontramos es con complicados enredos gramaticales, con enormes rompecabezas lógico-lingüísticos, con pseudo-problemas. En verdad, pocos veredictos son tan drásticos y tan dramáticos como el juicio final de Ludwig Wittgenstein sobre una de las “glorias” de la cultura occidental, como lo es su filosofía: ésta no se compone de otra cosa que de “castillos de naipes” y de “estériles quimeras”.

Es obvio que hay un sentido en el que el pensar wittgensteiniano está muerto, pero otro en el que está más vivo que nunca. El modo wittgensteiniano de hacer filosofía está muerto en el sentido de que, sin haber sido nunca refutado o desmantelado, de hecho prácticamente nadie lo hace suyo. Debido a la tremenda fuerza de la argumentación wittgensteiniana, resulta imposible rechazar sus resultados, pero esto no es lo mismo que pensar wittgensteinianamente. Digámoslo de una vez por todas: la filosofía wittgensteiniana no está a la moda, si bien tampoco pretende estarlo. Salvo por coloquios o congresos especialmente dedicados al pensamiento de Wittgenstein, *de facto* nadie se ocupa de él. Son otros los temas y las corrientes de pensamiento que atraen a los profesionales de la filosofía. El éxito de las ciencias cognitivas es, creo, un buen ejemplo de ello. Dada la inmensa riqueza de sus escritos, todavía se hacen exégesis de los escritos de Wittgenstein, se les retranscribe, parafrasea, etc. Pero, con la honrosa excepción de filósofos como Norman Malcolm y Morris Lazerowitz, ambos fallecidos ya, son contados los pensadores que practican la filosofía como Wittgenstein enseñó a hacerlo. Hoy, como hace dos mil quinientos años, el objetivo de los profesionales de la filosofía es construir teorías, mientras más rebuscadas, formalizadas, complejas e ininteligibles mejor. En este sentido, ciertamente, el pensamiento de Wittgenstein no forma parte del *status quo* filosófico mundial (y mucho menos del nacional). Pero hay otro sentido en el que está más vigente que nunca y es el siguiente: el pensar wittgensteiniano es una riquísima herencia intelectual que está allí, a la mano, y que es aprovechable en cualquier momento por todo aquel que, movido por el deseo serio de acceder a la visión correcta del mundo, aspire a salir, de una vez por todas, del mar de confusiones y enredos de los que se compone la filosofía clásica y, por consiguiente, de sus interminables controversias.